

Valentías ocultas por “La gata en el tejado”

Vestidas de sombra y recuerdos, Dolores y Ema atravesaron la sala. Cargaban una silla en la mano y en el corazón la complicidad de quienes se han paseado juntas por la vida.

Dios te salve María llena eres de gracia, el Señor es contigo y bendita tu eres...

Salieron de la habitación y se acercaron a una joven sentada sola en el pasillo.

—¿Podemos poner nuestras sillas a tu lado? —preguntó Dolores.

—Claro —respondió la joven, apenas levantando la mirada de su celular.

—Allá adentro, entre el calor y los rezos, se nos caían los párpados.

—No sé por qué aquí rezan tanto en los velorios —comentó la chica.

—¿No rezan en Estados Unidos?

—*Not really*. Por lo general solo se habla y se toma café.

—Tendrán menos pecados —comentó Ema.

—Tú debes ser Karina —intervino Dolores—. Nosotras éramos compañeras de colegio de tu abuelita Elvira ¡Que terrible su pérdida!

—Sí, bueno, así es la vida, ya estaba viejita.

Las dos mujeres levantaron las cejas y se miraron de reojo.

—Debes estar muy dolida, ¿verdad? —insistió Dolores.

—Sí, claro. Aunque no conocía mucho a mi abuela. La vi solo dos veces en quince años.

Hablábamos poco. Ella no sabía usar Skype.

—Oh, no sabía usar Skype —repitió Ema. Sus mejillas se tiñeron de escarlata.

—Valiente, tu abuela —dijo Dolores—. Debes estar muy orgullosa de ella.

—¿Por qué valiente? —preguntó Karina.

—Mandó a tu mami a estudiar afuera. Se necesita valor para desprenderse de lo único que se tiene. Sin contar el esfuerzo que hizo para mantenerla.

—Ah, eso.

Los cachetes de Ema aumentaron de tonalidad. Dolores se movía incómoda en la silla.

—Valiente fue lo de Woodstock —dijo Dolores como si le estuviera prestando la voz a un recuerdo.

—¿Woodstock? —Preguntó Karina— ¿qué tiene que ver Woodstock con mi abuela?

—Oh bueno —Dolores hizo una pausa, miró hacia los lados para ver si alguien escuchaba, entonces siguió en voz baja—. Nosotras y tu abuela nos escapamos de casa para ir a ver Woodstock.

—¿Qué? ¡*No way!* —exclamó Karina.

—Por la Virgencita Santa —dijo Dolores. Hizo una cruz con el pulgar y el índice y la besó.

Karina guardó el celular y miró a Ema buscando confirmación. Ella también juró.

—Y ¿cómo llegaron?

—En *autostop*.

—La abuela era *hippie*. ¡Cool! —exclamó Karina. Un velo de picardía vistió su sonrisa. Le arrebató a su abuela la voz trémula que siempre había escuchado y la sustituyó por las canciones de Joan Báez. La vio bailando entre multitudes con una falda larga y el cabello suelto. La imaginó dormida con sus amigas en el asiento de un camión de regreso a casa.

Con la prisa de quien teme perder un tren, se levantó de la silla, abrazó a las dos mujeres y se despidió: “Disculpen, voy a darle el último saludo a mi abuela”.

Por unos minutos, las dos amigas se quedaron en silencio con la cabeza baja, evitando mirarse. Luego el ligero temblor de sus hombros traicionó la risa. Ema sacudió la cabeza, un gesto de falso reproche y aprobación secreta.

—¿Qué miras? —protestó Dolores—. Todo lo que dije fue verdad.

—Nos escapamos para ver Woodstock, la película.

—¿Acaso dije que fuimos a Woodstock? Yo no mentí.

—Dijiste que fuimos en *autostop* y fuimos en taxi.

—Taxi que no terminamos de pagar porque no nos alcanzó la plata.

—Bueno, entonces fue un medio *autostop* —convino Ema riendo—. ¿Sabes qué? Que para aquel entonces y en este pueblo, escaparse para ir al cine fue una osadía. Vamos a despedirnos de Elvira. Apuesto que ahora hasta le vemos una sonrisa.

Las dos mujeres, cargando sus sillas y su complicidad, regresaron al cuarto del que habían salido. Se sentaron al lado del ataúd y sacaron de sus bolsos los rosarios.

Santa María, madre di Dios, ruega por Elvira y por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte, Amén.